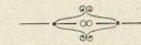


CONFITEOR



J. VELAS 1933

A RAFAEL DELGADO.



Si quieres ser mi discípulo,
niégate á tí mismo.

I

Alzó la hostia entre sus finas manos,
hechas para la unción y la plegaria;
resonaron los cánticos cristianos
en un himno de triunfo, y en su mente
las alas agitó la procelaria,
anuncio de tormentas de vidente.

En el egregio altar —resplandeciente
de oro y de luz— la virgen estelaria,
en los brazos mostraba al niño santo
desnudo, y con las tiernas manecitas
y los pies pequeñísimos al viento,

como regocijado con el canto
que llenaba las bóvedas benditas.
Cuajaba doloroso sentimiento
en sus pupilas lóbregas el llanto;
¿dónde estaban las lágrimas de gozo
que soñara verter el sacerdote
al subir al altar la vez primera?
En sus labios ahogábase el sollozo,
y su conciencia al repentino azote
de algo extraño, tornábase quimera.

¿Qué misterio era aquél? ¿Qué afán sin rumbo
el alma le volcaba en el vacío?
¿Por qué ignorado, subterráneo río
era arrastrado en insondable tumbo?
Al acercarse á Dios, abierta el ala
tras la esperanza mística, sentía
un derrumbe moral. ¿Cuál el objeto
era de la existencia? Sonreía
con sonrisa la Imagen á sus ojos,
de madre, no de virgen. El secreto
se revelaba entre la sombra oscura,

á trechos rota por fulgores rojos;
y su alma triste coronó de abrojos,
con invisibles manos, la amargura.

Hay instantes que son como la sonda
del mar fatal, sin fondo y sin ribera,
del tiempo que es la eternidad.... Muy honda
su emoción le llevó lejos, muy lejos,
en un momento; y con la hostia alzada,
al eco de una queja lastimera,
su memoria voló, flecha lanzada
á los recuerdos de su edad primera.

Era muy niño.... Pálida enlutada
le oprimía en su seno, sollozando;
pero el sollozo se bañaba en risa,
dulce como crepúsculo sereno,
entre los labios maternos, cuando
al repetir los rezos muy de prisa,
él la besaba, de ternura lleno.
Su padre! Dura guerra.... Recordaba
como un sueño su muerte. Voces, ruido,

un ruido atronador, caballos, hombres,
y sangre que su madre restañaba
en la carne convulsa del herido;
incendio, gritos de ignorados nombres;
alguna maldición que resurgía
en el recuerdo vago, pero cierto;
lamentos, preces, al batir la diana
el feroz triunfador, mientras caía
el llanto de su madre sobre el muerto,
á la lívida luz de la mañana.

Después —era muy niño todavía—
le retiraron de su madre. El cura,
el viejo cura de su pueblo, un día
le condujo consigo al camposanto,
y cerca de una pobre sepultura
le dijo: *Reza por tus padres, niño!*
y él de rodillas y anegado en llanto,
deshojó la oración, flor de cariño.

¿Qué era su juventud? Apenas siente
la adolescencia al acercarse al ara.
El frío seminario fué su mundo.

Irradiaba el candor sobre su frente;
mas el ebúrneo mate de la cara
acusaba en su ser afán profundo,
y afán era de amor. En su inocencia
creyó encontrar en el amor divino
el objeto supremo de la vida;
pero de aquella madre la presencia
surgiendo á la mitad de su camino,
en consuelo de todos convertida,
que en el altar su hijo pregonaba,
su espíritu, errabundo peregrino
del ensueño de amor, cristalizaba
la eterna aspiración. ¿Cómo hasta entonces
el velo se corría? ¡Cuántas veces
á los pies de la virgen dió sus preces
al resonar de los sagrados bronces,
hallando en ella el deseado puerto
para sus inquietudes y sus dudas:
y como caminante del desierto,
la dulce y buena, perdurable fuente
donde apagar su sed, y en luchas rudas
de alma tierna, sin mundo y sin malicia,

allí de nuevo, triunfador creyente,
la Gracia, como mística caricia.

¿Era debilidad? ¿Era asechanza? ...
La misa lentamente proseguía,
pero en el alma atónita, sentía
el naufragio total de su esperanza.
Un monstruo en torno del altar gemía:
era la multitud puesta de hinojos,
trémula de emoción y de miseria,
que apagaba la voz de la materia
en ayes, palideces y sonrojos.

¿Era miedo la fe? Aquella pura
y divina fruición, fuerte y callada,
en lágrimas de dicha desgranada,
que el alma levantábale á la altura
de los pies del Señor, no era la impura
que ahora el corazón le comprimía
con sus manos de acero; y en el fondo
como el monstruo, á su vez, también gemía,
ante el misterio impenetrable y hondo.

Ni un recuerdo infantil de amor primero,
ni una sonrisa de mujer guardada
como girón azul en la memoria. ...
Su recuerdo era uno y pasajero:
el amor de su madre, arrebatada
tan pronto á las altezas de la gloria.
Partía con un fúnebre retrato
de su padre, los besos de la honesta
y doliente mujer. ... ¡Recuerdo grato
el beso de su madre! ¿Qué es un beso? ...
Nada en su sér estático contesta;
pero mira al altar como insensato,
de alegría y dolor al grave peso,
sintiendo el alma entre los labios puesta. ...
¡eso era dar y recibir un beso!

Y comenzó á soñar. ... La nota
que no ha llegado nunca á los oídos,
violeta virginal de los sonidos
en el secreto de la gama ignota;
que no tiene rumor como la gota
que descende á los pétalos dormidos,